

## ESTUDIOS HISTÓRICOS FUNDADOS EN LA RELIGIÓN.

La Religión es la verdadera filosofía de la historia. Moisés nos da las primeras noticias sobre la creación y sobre la cuna del linaje humano; al propio tiempo que nos ofrece la única clave para descifrar el grande enigma del hombre y del Universo. Quitad la historia de Moisés, privada á la humana filosofía de las luces que la suministra aquella narración sublime, y volvéis á sumergeros en el caos de los antiguos; la eternidad del mundo, la incertidumbre y las extravagancias sobre nuestro origen y destino, el fatalismo, todos los errores, todas las dudas, que trabajaron las escuelas filosóficas de la Grecia y Roma y de cuantos pueblos carecieron del faro de la revelación. vuelven á presentarse sobre la tierra, y hacen retroceder la ciencia y la sociedad larga cadena de siglos.

¿Queréis seguras, breves, universales fórmulas para resolver los grandes problemas de la historia de la humanidad? Leed la narración del inspirado por Dios, escuchad al hombre sublime á quien fué concedido hablar con Jehovah en la cumbre del Sinaí.

Hay en la vida del humano linaje un hecho tan doloroso como incontestable: la lucha del bien con el mal, la frecuente preponderancia de éste sobre aquél, así en lo moral como en lo físico; los horrendos crímenes que manchan las páginas de la historia de la prole de Adán, los indecibles padecimientos á que se halla condenada. ¿Cuál es el origen de tan triste fenómeno? ¿Cómo es compatible con la existencia de un Dios infinitamente sabio y bondadoso? La antigüedad creyó dar una explicación satisfactoria admitiendo bajo diferentes formas dos principios: uno

autor del bien, otro del mal. El dualismo de Manes era quizás una adulteración de las tradiciones sobre la caída del primer ángel, pero indicaba también un esfuerzo para explicar el enigma que nos presenta el mundo. Moisés asienta otro principio más sencillo: *pecado y pena*, es decir *justicia*. Con esto todo se explica, sin esto nada. Es un misterio, pero dichoso misterio que nos aclara tantos misterios; dichosa obscuridad de donde salen raudales de luz. Abramos la historia, recorramos sus páginas, conducidos por esa guía, que en su bondad nos enviara el mismo cielo.

### I.

Dios dijo al hombre: comerás el pan con el sudor de tu rostro; esta maldición ha caído sobre la humanidad entera. Seguidla en todos los períodos de su existencia, en su frente descubriréis sin cesar el angustioso sudor con que anda en busca de la dicha: porque la dicha es lo que busca el hombre, tras de la dicha se afana la sociedad; supuesto que ni aquél ni ésta viven de solo pan. En vez de frutos le produce la tierra espinas y abrojos; no alcanza jamás el bien, sino después de haber apurado hasta las heces el cáliz del mal. Lamentámonos nosotros de los infortunios de nuestra época, alzamos hasta el cielo un grito de dolor por las privaciones que nos vemos forzados á sufrir, los males que hemos de tolerar, y los costosos sacrificios con que compramos un momento de felicidad ó siquiera de reposo. ¿Y qué fué de las generaciones que precedieron? ¿disfrutaron quizás de blando sosiego, nadaron en la opulencia y en los placeres, y vivieron como hermanos en amable paz y armonía? ¿el siglo de oro fué para ellas una realidad, y los hermosos sueños de los poetas encontraron existente entre las mismas el objeto de sus cantos sublimes?

No, no es así: apenas criado el hombre, á pocos momentos de disfrutar de inefable dicha en el jardín de Edén,

surge á su lado el infortunio como una negra sombra que oscurece y mancha un bellissimo cuadro. La madre de los humanos contemplaba su hechicera hermosura en los cristales de la fuente deliciosa que con tan delicado pincel nos retrata el ciego de Albi6n, y tenia ya á su espalda el infame reptil, acechando malignamente el instante oportuno de sorprender el candor y la inocencia. Nuestros padres labraron su infortunio y el nuestro; su caida fué voluntaria, y la pérdida de su dicha se debió al extravío de su voluntad; mas ¿será por esto menos lamentable, será por esto menos sensible? ¿acaso no es igualmente digno de compasi6n quien recibe la muerte de mano ajena, que quien se la da con la propia? El ángel colocado á la puerta del Paraíso, blandiendo la espada de fuego para que no volvieran allí los culpables proscritos, es al par de un hecho hist6rico, un formidable emblema de que la humanidad mientras viva sobre la tierra, halla vedado el camino de una completa felicidad. «Y echó á Adán, y colocó delante del Paraíso de las delicias un querubín con tajante flamígera espada para guardar el camino del árbol de la vida.» «Ejecitque Adam, et collocavit ante paradisum voluptatis Cherubim, et flammeum gladium atque versatilem, ad custodiendam viam ligni vitæ.» (Genes. c. 3, v. 24.)

Poco sabemos de la vida de nuestros padres en los primeros días de su destierro: solos, errantes en la inmensidad de la tierra, rodeados de bestias feroces, de reptiles y de insectos, faltos de vestido, de techos donde guarecerse, escasos de medios para proveer á las primeras necesidades, debían de pasar una vida penosa, amargada más y más con el punzante recuerdo de su dicha perdida. Bien se concibe cuán fácilmente penetraría en sus corazones el más vivo arrepentimiento, logrando que les perdonase el Señor aquella falta que expiaron con siglos de padecimientos y de lágrimas. ¡Cuántas veces volverían los ojos hacia la región donde pasaron en la primitiva inocencia, momentos de bienandanza indecible! ¡Cuántas veces la

señalarían á sus hijos y les contarían las dulzuras de aquella morada venturosa, cuya memoria se ha transmitido de generaci6n en generaci6n, como los recuerdos de un sueño dorado!

Los primeros hijos de Adán y Eva de que nos habla el sagrado texto, nos presentan tristemente la continuaci6n de la escena que comenzó á la sombra del árbol de la ciencia del bien y del mal: el crimen y la pena, el fratricidio y la maldici6n estampada en la frente del fratricida, quien anda errante por el mundo en busca de una muerte que para su tormento no encuentra. La primera ciudad de cuyo origen tenemos noticia, es fundada por el impío asesino de su hermano, por el mismo Caín: triste auspicio de la vivienda del hombre que levantaban las manos teñidas con sangre inocente: manos temblorosas todavía, por haber oído la maldici6n del cielo provocada por el clamor de venganza que esta sangre daba desde la tierra: *la voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra*

Corren los tiempos, la ciega prole de Adán olvida los tremendos castigos que ha podido oír de la boca de los mismos que los sufrieron: toda la carne corrompe su camino. Dios resuelve borrar al hombre de la faz de la tierra; y salvado el justo Noé con su familia, ábrense las cataratas del cielo, inúndase toda la faz del globo, perece todo viviente excepto las parejas encerradas en el arca, y el agua se levanta quince codos más alta que las más encumbradas montañas.

De dos grandes justos nos habla con singular recomendaci6n el sagrado texto en lo perteneciente á la primera época del mundo: Henoch y Noé: ¡cosa notable! Noé fué salvado prodigiosamente en el arca: *Hench no apareció porque se lo llevó Dios*. Admirables hechos hist6ricos que simbolizan la justicia y la inocencia, salvándose á duras penas de la maldad y castigo de las generaciones abandonadas á sus caminos de perversidad.

Inagotable caudal de reflexiones suministran al filósofo

cristiano los primeros capítulos del Génesis; ellos y sólo ellos, rasgan el velo que cubre el mundo; ellos y sólo ellos, nos explican los secretos de nuestra existencia, y aclaran los incomprensibles misterios de la historia del género humano.

## II.

El mundo antiguo comenzó con el Paraíso, siguió con una maldición y acabó con el diluvio; el mundo nuevo comienza con la maldición de Cham, continúa con la torre de Babel, y sigue con una interminable serie de calamidades y desastres hasta el día en que llegado el fin del humano linaje rodará la tierra por la inmensidad de los cielos como un globo hecho ascua. Fijando la consideración en el colosal hecho del diluvio, clave de la explicación de grandes fenómenos terrestres, y padrón eterno de la cólera de un Dios Todopoderoso, asómbrase el espíritu y se sobrecoge de un religioso pavor. ¡Qué trastorno más espantoso resulta de aquella catástrofe en el hombre y en cuanto le rodea! la vida se abrevia, la naturaleza pierde de su fecundidad, se marchita su hermosura; y el hombre que antes del horroroso cataclismo era un proscrito ilustre á quien se permite gozar de algunas comodidades en clima templado y bajo un cielo sereno y apacible, es en adelante un desterrado sobre cuya frente pesa toda la execración de su crimen y que relegado á hórridos países arrastra una vida de miseria y de dolor, cuyo único consuelo es la esperanza de la muerte.

Siguiendo á grandes pasos la historia de la humanidad, hallamos por do quiera la traza lamentable que nos recuerda la degeneración primitiva: en todo la maldad, en todo el delito, en todo la pena, en todo la tremenda huella de la expiación á que está condenada la descendencia de Adán, en todo el no alcanzar la verdad sino después de tropezar en mil errores, de no obtener el bien sino después de haber sufrido el mal; en todo la ley inflexible de

no llegar á la perfección ni á la mejora, sino á costa de las más crueles fatigas.

¿Buscáis el origen de los grandes imperios? ¿pretendéis saber el curso que ya desde un principio tomaron las pasiones, con respecto al gobierno de la sociedad? la sagrada Escritura os lo indica en breves palabras. El hombre rebelde á Dios se hace esclavo; sacudió el suave yugo de la divina ley, y se encuentra sometido al imperio de la fuerza. «Chus engendró á Nemrod; éste comenzó á ser poderoso en la tierra.» ¿Sabéis cuáles son sus títulos? «Y era robusto cazador en presencia del Señor. Por esto salió el proverbio: como Nemrod robusto cazador en presencia del Señor.—Y el principio de su reino fué Babilonia y Arach, y Achad y Chalanne en la tierra de Sennaar.» «Porro Chus genuit Nemrod: ipse coepit esse potens in terra.—Et erat robustus venator coram Domino.—Fuit autem principium regni ejus Babylon, et Arach, et Achad, et Chalanne in terra Sennaar.» (Genes. c. 10, v. 8, 9 et 10.)

Al lado de esta sublime sencillez, al lado de esta narración en cuya verdad y exactitud se compendia la historia de los grandes imperios, de los grandes conquistadores, de las guerras, de las vicisitudes que afligen á la triste humanidad; ¡cuán pequeño se nos presenta Rousseau con su pacto social, con sus vanas utopías tan distantes de la realidad, como contrarias al curso natural de las cosas! El hombre necesita vivir en sociedad, la existencia de esta es incompatible con un desorden incesante, y el orden no puede concebirse sin un poder público que lo afirme y conserve; esto dicen la razón y el buen sentido; pero al propio tiempo, la perversidad del corazón, la ambición desenfadada, las pasiones ruines, abusan de todo cuanto hay sobre la tierra; y por lo mismo al formarse las sociedades, la fuerza debió de ser un elemento preponderante, la autoridad pública debió de ser á menudo usurpada con violencia, y Nemrod que fué poderoso porque era robusto cazador, es el tipo de cien y cien otros usurpadores que fundarían sus derechos en la pujanza de su brazo.

Hállanse los hijos de Noé en crecido número en las llanuras de la tierra de Sennaar, y temerosos de que las aguas de un nuevo diluvio inundasen otra vez la tierra, propónense edificar una ciudad y en ella una torre cuya cumbre toque al cielo. Así abrigan el designio de ilustrar su nombre, y asegurarle eterna duración antes que se dividan para andar ocupando el resto de la tierra. ¡ Vanos consejos! como si Dios cuyo brazo todopoderoso inundó el mundo como inunda el labrador su pequeño campo levantando un ligero dique, no bastase á inundar la nueva ciudad, y á cubrir la gigantesca torre, como antes sepultara quince codos debajo de las aguas la cúspide de las montañas más elevadas.

Antes eran los hijos de Noé un solo pueblo, hablaban una misma lengua, eran de un mismo labio, según la bella expresión de la sagrada Escritura; el orgullo los ciega, buscan con afán una vana inmortalidad; desde entonces se confunde su idioma, y el hermano no entiende la palabra del hermano, y se ven forzados á abandonar la edificación de la ciudad y avergonzados se separan y marchan dispersándose por la faz de la tierra.

Los eruditos han buscado en los idiomas actuales la huella de un idioma primitivo; ¿puede conjeturarse si éste continuó en alguna de las fracciones en que se dividió la descendencia de Noé? ¿Sábase si los actuales presentan seguros indicios de haber salido de un tronco, y de ser otros tantos dialectos de una lengua matriz? No nos atreveremos á resolverlo: sólo haremos notar que de la misma suerte que se hallan en todos los puntos del globo infalibles señales de un gran trastorno en la naturaleza, así se encuentran claras pruebas de que el linaje humano experimentó una confusión, cuya historia nos ha conservado Moisés, refiriéndonos el insensato proyecto de la torre de Babel. Los tiempos históricos, como los heroicos, como los fabulosos, nos muestran al linaje humano dividido en innumerables tribus, de las que se verificaba que *el prójimo no entendía la voz del prójimo*; el origen común

estaba poco menos que borrado, y los hombres que debieran vivir como hermanos, se hallan unos en vista de los otros cual extranjeros en tierra conquistada; en violentos encuentros se disputan la presa, y mutuamente se destrazan con más rabia que no lo hicieran bestias feroces.

### III.

Separado de su casa y parentela el hombre escogido de Dios para fundar un nuevo pueblo donde se conservasen en toda su pureza las tradiciones primitivas, marcha errante por la tierra de Canaán, y en ella encuentra el hambre; huyendo de esta calamidad llega peregrinando á Egipto; ¿sabéis cuáles son las costumbres de aquel país? el adulterio y el crimen. Cercano á Egipto dirígese Abrahám á Sara su esposa y le dice: «Mujer, conozco que eres bella, y que al verte los egipcios dirán, — es su esposa, — y me matarán, y á ti te reservarán. Dí pues, te lo ruego, que eres mi hermana, para que en consideración á ti se porten bien conmigo, y por tu gracia conserve yo la vida.» Y habiendo entrado en Egipto, vieron los egipcios que la mujer era de extremada hermosura, y los cortesanos lo anunciaron á Faraón, y la alabaron en presencia de él, y la mujer fué llevada á su palacio.» Así ya desde la cuna del mundo euando al parecer debían reinar en todas partes la sencillez y la inocencia, el justo se veía precisado á encomendar en manos de la divina Providencia la honra de su esposa, esperando que el Señor que le había sacado de la casa de su padre, castigaría á Faraón antes que su virtuosa consorte fuera víctima de la violencia y de la destemplanza.

Hechos semejantes, que esparcidos acá y acullá encontramos en el sagrado texto, son preciosos rasgos que nos pintan el espíritu de la época, que nos hacen asistir á las escenas de injusticia, de violencia, de obscenidad á que estaría entregado el mundo en aquellos siglos que nosotros

con poca reflexión podríamos creer de oro. Con lo que se echa de ver cuán infundado es todo lo que se imagina y tal vez se cree, sobre la inocencia de las edades primitivas; y cuán exagerados son los males que se suponen nacidos del adelanto de la sociedad. Donde quiera que encontramos al hombre, hallamos el mal á su lado; si es culto lo practica con astucia, si es bárbaro lo ejerce con violencia; si no queréis sufrir el brillante velo ocultando la corrupción, fuerza os será resignaros á contemplar las asquerosas formas de feroz brutalidad. Todo lo que dista de nosotros en espacio ó tiempo, nos complacemos en pintarlo con hermosos colores, en revestirlo de una belleza que no existe en la realidad: esto puede condonarse al poeta, no al filósofo; que la poesía se alimenta de encantadores sueños, la filosofía sólo se nutre con austera verdad. Séale pues permitido al vate el imaginarse que no había otras costumbres que las retratadas en la escena de las familias patriarcales, cuando un anciano cubierto de venerables canas narraba tranquilamente á sus hijos y nietos las tradiciones antiguas, bajo el aura apacible del caer de la tarde á la sombra de una palmera; pero el filósofo no debe contentarse con vanas ilusiones, dado que en cada objeto ha de ver *todo lo que hay, y nada más de lo que hay*. Triste necesidad por cierto la de contemplar las cosas en su negra realidad; pero no olvidemos que el error es también negro en su fondo por más brillante que sea el velo que le encubre; recordemos que la verdad por amarga y dolorosa no deja de ser saludable. Las escuelas más peligrosas, ¿qué son sino un tejido de bellas mentiras?

#### IV.

Salido de la tierra de Egipto Abrahám con su mujer, con sus riquezas, con su sobrino Lot, se dirige hacia el austro, llegando hasta el lugar donde fijara antes su tienda entre Bethel y Hai. La vida pastoril que ambos traían pa-

rece debía ponerlos á cubierto de toda mala inteligencia y discordia; sin embargo no fué así: los rebaños no cabían en el mismo país, la rivalidad comienza; los amigos siguen en buena armonía; pero los pastores riñen, y Abrahám deseando conservar la fraternidad y concordia que entre hermanos cumple, ruega á Lot que se separe de él en obsequio de la paz: «No haya, te ruego, le dice, rencillas entre yo y tú, y entre mis pastores y los tuyos, pues somos hermanos; mira, á tus ojos está la tierra toda, apártate de mí, te lo suplico; si fueres hacia la izquierda, yo tomaré la derecha; si tú escogieres la derecha, yo marcharé hacia la izquierda.»

¿Qué encontramos en este pasaje? nada menos que la historia de los sucesos que desde el principio del mundo están desolando la humanidad. *No cabían en la tierra*: he aquí señalada con admirable concisión y exactitud la causa de infinitas invasiones, usurpaciones, revoluciones, guerras, trastornos y catástrofes. ¿Por qué los fenicios y cartagineses buscan con tanto afán nuevos países donde establecerse, donde enviar sus colonias, valiéndose de la fuerza cuando alcanzar no podían su objeto por medio de la astucia? porque no cabían en la tierra. ¿Cómo es que Roma naciente comienza su política de invasión y usurpación, ensayando sobre los pueblos comarcanos lo que después ejecuta sobre el mundo entero? porque sus habitantes no caben en la tierra; porque faltos de lo necesario se ven precisados á proporcionárselo, convirtiéndose en guerras formales lo que en un principio eran altercados y riñas sobre la pertenencia de algún objeto útil ó necesario á la vida. ¿Cuál fué la verdadera causa de la irrupción de los bárbaros del Norte? Preguntadlo á esos innumerables guerreros que rodeados de sus mujeres é hijos, se adelantan hacia el Mediodía en busca de clima más apacible y de regiones más feraces; preguntádselo, y os dirán que las selvas del Norte no les suministran lo que han menester para su sustento; que en su extraordinaria multiplicación han consumido y agotado cuanto había en su país

natal; que la necesidad, la imperiosa necesidad, los fuerza á usurpar para establecerse, á pelear para comer: no cabían en la tierra.

Hasta en los tiempos modernos, cuando se ha llevado al más alto punto el arte de encubrirlo todo con hermosos disfraces, ¿qué se encuentra en el fondo de las cuestiones más graves? Dejando aparte otros ejemplos, la Inglaterra revuelve el mundo con su diplomacia y lleva la desolación y la muerte á las regiones más remotas; ¿queréis impedirlo? ¿buscáis un medio seguro para disminuir la actividad de sus negociaciones, y la impetuosidad de sus armas? abridle fáciles y anchurosos mercados; desahogad sus almacenes de Manchester y Liverpool; ved que pueda alimentar tantos millones de hombres que perecen de miseria; cambiad su situación material, dadle pan. Los ingleses tampoco caben en la tierra.

V.

Imposible parece que en tan poco tiempo transcurrido desde la horrible catástrofe con que Dios castigara los crímenes de la humanidad, las costumbres hubiesen llegado al exceso de infame depravación que vemos en las ciudades de Pentápolis; aquella tierra tan deliciosa que regada por las ondas del Jordán semejante al *Paraiso del Señor* fué sepultada en un mar hediondo después de haber llovido sobre ella torrentes de fuego. La narración que de este acontecimiento nos hace la sagrada Escritura, como y también de las circunstancias que le precedieron y las causas que lo motivaron, es otro precioso documento para formarnos una idea del infeliz estado en que volvió á sumirse el mundo, salido apenas de las aguas del diluvio vengador.

En el propio país antes de ser víctima de la horrorosa catástrofe, hallamos ya la guerra con sus matanzas, sus depredaciones, sus manadas de cautivos. Los reyezuelos

de Sennaar, del Ponto, de los Elamitas, de las Gentes, de Sodoma, de Gomorra, de Adama, de Seboím, de Bala y de Segor, encontrándose en el valle silvestre que después se llamó mar de sal, con sus pequeños ejércitos, eran tristes precursores de los poderosos monarcas que en los tiempos venideros habian de inundar el mundo de sangre y de lágrimas.

Si desaparece la guerra de ciudad contra ciudad, de familia contra familia, de hombre contra hombre, esa anarquía que desuela las más retiradas comarcas, si se crea un poder público capaz de mantener el orden de una gran sociedad, es á expensas de los tesoros, de la sangre, de la libertad de los gobernados que sirven para entronizar orgullosos tiranos, que no contentos con un mando sin límites, con un fausto escandaloso, se proponen hacerse adorar como dioses haciendo que se les levanten estatuas y se les tributen los homenajes y cultos sólo debidos á la divinidad.

¡Ah! La historia del humano linaje es una espantosa tragedia; y en el placer angustioso que experimentamos al asistir á esos espectáculos en que brota la sangre del corazón á vista de grandes infortunios, hay un profundo secreto que abre anchuroso campo á las meditaciones de una filosofía grave y sublime. ¿Cómo es que buscamos con tanto afán ese placer que nos atormenta? ¿por qué nos cebamos en esa curiosidad que nos hace verter amargas lágrimas, que nos hace suspirar y gemir tan sentidamente en presencia de infortunios fingidos cual pudieran hacerlo los verdaderos? ¿sabéis por qué? porque en aquellos contrastes en que el temor lucha con la esperanza, la dicha con la desgracia, la vida con la muerte, el corazón nos dice que está retratada nuestra existencia; los individuos como los pueblos sienten en el fondo de su alma una voz que les clama: «esta es vuestra vida, esta es la condición de vuestro paso sobre la tierra; llorad sobre el infortunio, que el infortunio es vuestro patrimonio.»

La historia entera no es más que una serie de terribles

contrastes; y no precisamente refiriéndonos á las épocas de la corrupción de sociedades caducas, sino trasladándonos á su infancia, á los tiempos de inocencia y candor, y fijando únicamente nuestros ojos sobre aquellos admirables cuadros de virtud, de santidad, favorecida por el cielo con inefables prodigios, y propuesta por el mismo Dios como modelo en que aprender debieran las generaciones futuras. Hasta allí donde al parecer no debiéramos encontrar nada que repugnara á nuestros ojos, que entristeciera nuestro corazón, tropezamos de continuo con esos horribles contrastes donde se pinta con viveza y elocuencia la ley de expiación y de castigo á que vive sometida la infortunada prole de Adán. ¿Veis al santo patriarca separado de la casa de sus padres y conducido en su peregrinación por la misma mano del Señor para fundar un pueblo escogido donde se conservaran las antiguas tradiciones y se perpetuara la esperanza de un Redentor? ¿véisle tranquilo en su tienda fijada en aquellos países que ha de ocupar un día su descendencia, numerosa como las estrellas del cielo y las arenas de la mar? ¿véisle favorecido del cielo con milagrosas visiones y conversando con los ángeles y consolado con inefables promesas? á su vista arden las abominables ciudades que él con sus fervientes oraciones no ha podido salvar, la negra humareda sube en densas columnas obscureciendo la luz del sol. Emblema terrible de la justicia divina obrando sobre el mundo al mismo tiempo que la bondad y misericordia. Al lado de Sara está Agar, al lado del pacífico Isaac está Ismael que plantará un día sus tiendas contra las tiendas de sus hermanos; *su mano estará contra todos y las manos de todos contra él.* Al lado de Jacob bendecido por su padre está Esaú rugiendo de cólera como una fiera herida por la flecha del cazador; en un sueño misterioso descubre la escala que estribando en la tierra llega hasta el cielo; pero notadlo bien, esta visión se le presenta reposando del cansancio del camino mientras huye de la tierra de sus padres para salvarse de la venganza de su hermano.

¿Os enterneceís al leer la historia del inocente José? en ella encontráis la cruel envidia que le roba á su anciano padre, le vende á los ismaelitas y le envía á servir en tierras extrañas. La santidad del inocente mancebo resplandece en oposición con los impúdicos deseos de una mujer adúltera, y su prodigiosa elevación al lado del rey de Egipto comienza en las tinieblas de una cárcel. Principia la historia del gran pueblo; la primera escena es la esclavitud, la opresión más terrible, el infanticidio. Moisés ha de presenciar en el desierto la misteriosa zarza que arde y no se consume; antes de apacentar las ovejas de Jetro en los campos de Madián huye proscrito de Egipto, abandona el palacio de Faraón después de haber dado muerte á un egipcio desapiadado que maltratava á un israelita. El pueblo sale de la esclavitud; pero su libertad es comprada á duro precio; la obstinación de Faraón atrae sobre el infortunado Egipto la divina venganza y hace que se derrame sobre aquel pueblo, como raudales de llama, la formidable copa de la indignación del Omnipotente. Pasa el pueblo de Israel el mar Rojo, y mientras las doncellas celebran con cánticos y danzas los beneficios del Señor, las aguas del Eritreo están cubiertas de carrozas, de caballos y de hombres que luchan con una muerte que no podrán evitar. La peregrinación por el desierto es una serie de favores y de castigos; el maná y las serpientes venenosas; las tablas de la ley y el degüello ejecutado por Moisés; los truenos y el fuego de la cumbre del Sinaí, la aparición de Jehovah y el becerro de oro y la infame idolatría. Penetra el favorecido pueblo hasta la tierra prometida, pero antes ¡cuánta sangre, cuánto exterminio, cuántos horrores sobre los pueblos culpables arrojados de un país contaminado con sus abominaciones y sus crímenes!

La civilización fenicia toma el camino de Occidente difundiéndose por la Grecia, la Italia, la España y el África, y sólo se consigue este resultado á fuerza de calamidades sufridas por los pueblos civilizadores: después de veinte

siglos, aun existía un monumento para recordar que los cananeos fugitivos de la espada de Josué llegaron hasta las extremidades del África. Es muy probable que los antiquísimos viajes de los fenicios á las costas de España dimanaron del mismo motivo, ó fueron á consecuencia de la estrechez en que se hallaban esos pueblos acosados por el de Israel, y precisados á ocupar una estrechísima zona á las orillas del mar de Joppe, de Tiro y de Sidón.

Las letras importadas á Grecia por Cadmo procedente del mismo origen, reconocen quizás por causa de su peregrinación las mismas catástrofes; los hombres armados que nos presenta la fábula nacidos de los dientes sembrados por el fundador de la colonia y degollándose unos á otros, son un indicio de que los nuevos conquistadores llegaron al país acosados de infortunio y sedientos de venganza.

Dejando aparte las narraciones de la Biblia, y las demás en que se ha mezclado el espíritu de la fábula, si pasamos á tiempos más cercanos que abren por decirlo así las páginas de la historia profana, hallaremos consignado en todas ellas el mismo fenómeno que acabamos de indicar. Esta época se inaugura con una inmensa calamidad: el incendio de Troya. De manera que los beneficios acarreados á la civilización por la comunicación de los pueblos asiáticos y europeos, los adelantos de la navegación fomentados por la necesidad del transporte de numerosas expediciones marítimas, la perfección de las ciencias y de las artes, efecto natural de aquel gran movimiento comunicado á cien pueblos por aquella especie de cruzada, el desarrollo de la nacionalidad griega que debió de resultar de una guerra en que los reyes y los pueblos del país militararon en encarnizada y prolongadísima lucha bajo una misma bandera; todos estos beneficios, repetimos, se compararon con torrentes de sangre, con la ruina de infinitas familias, con el destrozo é incendio de una ciudad ilustre. Los bellos y sublimes cantos de Homero inspirados por aquellas horribles escenas no pueden pasar á nuestros ojos

sin retratarnos á un monarca anciano que *besa las manos salpicadas con la sangre de su hijo*. Singularidad notable, que la primera y quizás la más grande producción del genio reciba su inspiración de las pavesas de una inmensa ciudad, de la sangre de millares de valientes.

Fúndase en las costas de África una floreciente colonia que extiende sus conquistas al Norte, al Oriente y al Occidente, que envía sus velas comerciantes á las expediciones más atrevidas, que cuenta entre sus hijos audaces viajeros precursores de la osadía de Colón y Magallanes, que disputa durante largos años el imperio del mundo á la orgullosa Roma, que al desaparecer del número de las naciones nos ofrece á un Aníbal vencedor en Cannas, en Trasimeno, y asentando sus reales á la vista de Roma que tiembla al pronunciar el nombre del invicto héroe: ¿sabéis á qué debe el origen esa fundación gloriosa, Cartago, que por espacio de siglos fué el espanto de los conquistadores del orbe? Débelo á sangrientas discordias de familia, débelo á la sangre alevosamente derramada por el puñal fratricida.

Así vemos que ya en los más remotos tiempos la civilización y la cultura no se extienden, no se propagan sino á fuerza de sangre, á fuerza de calamidades que hacen llorar torrentes de lágrimas á la triste humanidad: así vemos cuán terriblemente se cumple con todo el linaje humano lo mismo que en el individuo se verifica, de comer el pan con el sudor de su rostro, de cultivar una tierra que en vez de frutos le da abrojos y espinas, de no alcanzar mejora y perfección en ningún género sino á costa de los mayores sufrimientos, de los trabajos más arduos y constantes, de no disfrutar él propio de los bienes que produce, sino de legarlos á sus hijos si se limita á la esfera doméstica, ó de transmitirlos á las generaciones venideras si sus tareas trascienden á los intereses públicos.

Terrible consecuencia del desorden introducido en el individuo y la sociedad por la prevaricación primera; for-



midable resultado de la pérdida de aquella inefable armonía en que el mundo estaba sujeto al hombre, las pasiones á la voluntad y á la razón, y la razón y la voluntad á Dios. Quebrantóse el primer eslabón de esa cadena de oro, el hombre se rebeló contra Dios y las pasiones se levantaron contra la razón, y el mundo entero se alzó y se puso en combate con el hombre. Faltó la ley de armonía y la sucedió la ley de lucha; ley que se presenta bajo mil formas diferentes según lo son los objetos sobre que versa; ley de que no se exime ningún período de la vida, á que está sujeta la infancia como la adolescencia, la juventud como la vejez; ley indeclinable al fuerte como al débil, al rico como al pobre, al magnate como al pequeño, al sabio como al ignorante, al monarca más poderoso como al más ínfimo de sus vasallos.

Échase de ver por ahí la profunda sabiduría y la verdad entrañadas por el cristianismo, por esa religión divina que en las primeras palabras que dice al hombre le intima la existencia de esta ley; que la vida del hombre es una milicia sobre la tierra; que le predica incesantemente la vanidad de sus esfuerzos para sustraerse á las terribles consecuencias de la maldición del Criador; que endereza todos sus trabajos á restablecer por medio de la gracia la armonía perdida por la culpa; que en la abnegación cristiana, en la sujeción de las pasiones á una voluntad ilustrada por la razón y por la fe, y dirigida y movida por la gracia, en la sumisión del entendimiento á la revelación divina, en la conformidad de la voluntad humana á la voluntad de Dios, en ese admirable conjunto que nos presenta realizado en sus grandes santos, muestra el sublime tipo de lo que el hombre debe ser, de lo que fuera un día antes que entrase el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte. Tipo sublime, repetimos, que nos trae á la memoria lo que fuimos en Edén, pero con las señales de la tremenda expiación, con la sangre que brota de los golpes descargados por la cólera divina: todo conforme al segundo Adán, al Hijo del hombre que carga-

do con nuestros pecados, y conducido á morir por la salud de los hombres, se dirigió cual manso cordero á la cima del Gólgota á consumir la más terrible de las expiaciones.—*J. B.*

## POLÉMICA RELIGIOSA.

### EL INDIFERENTISMO.

*Disputas religiosas...* con esta palabra pronunciada con énfasis, y con cierto aire de indiferencia ó desprecio, se eluden á menudo gravísimas cuestiones, y se pasa por encima de las materias más dignas de veneración y acatamiento; *Disputas religiosas...* con esta expresión se desdeñan ciertos hombres de atender siquiera á puntos de la más alta trascendencia, y relegan á las *escuelas de los teólogos* lo que hay de más elevado é importante en la tierra y en el cielo; *Disputas religiosas...* con esta fórmula se pertrechan los que atormentados por los remordimientos de su conciencia, se sienten llamados á examinar lo que ellos no quisieran ni aun recordar; *Disputas religiosas...* con esta solución tan sencilla, y sobre todo tan cómoda, responden los enemigos de la religión á los argumentos con que los estrechan los hombres amantes de la verdad, cual si fueran vanas sutilezas las razones más concluyentes; *Disputas religiosas...* con este maligno tema procuran los incrédulos presentar como de poco valer todo lo que han dicho en pro de la religión sus más ilustres apologistas, é indicar á los pueblos que nada les interesa cuanto en este sentido se exponga; *Disputas religiosas...* con esta frase cubren sus intenciones los gobiernos impíos que procuran desvirtuar ó destruir la religión, y desean per-